

las calamidades del orbe reunidas y desplomadas sobre nuestras cabezas. Así, la pena que ya teníamos en el cuerpo se multiplica por la pena de los demás, y nuestra propia fisonomía acongojada y melancólica se nos aparece reflejada infinitas veces, como en los fragmentos de un espejo turbio.

* *

Además, la impresión es doblemente enervante por lo que en sí lleva de antitético y de contradictorio. Cada persona juzga de los acontecimientos con arreglo a su criterio peculiar, dictado generalmente por sus intereses y simpatías: para el uno, toda la culpa de las desdichas de la patria la tienen el partido conservador, Weyler y los voluntarios; para el otro, son las reformas, el régimen autonómico y la proverbial debilidad de los gabinetes liberales lo que ha enredado la madeja; éste opina que el intríngulis consiste en que, antaño, la isla de Cuba era considerada como una especie de cajón ó basurero donde arrojábamos los despojos y deshechos de nuestra cocina política, y enviábamos a nuestros inválidos para que se repusiesen, criasen sangre y llenasen la escuálida bolsa; aquél siente que semejantes detalles carecen en absoluto de importancia, y que la verdadera razón de todo este desquiciamiento está en el predominio físico de la raza negra, y en su terrible propagación y expansión, en un clima hecho para ella expresamente y que para ella no ofrece peligros.

Consideraciones del orden económico, del orden estratégico, del orden etnográfico, del político, hasta del sentimental, son el fondo de las conversaciones que ahora se suscitan a cada paso, y que versan sobre los acontecimientos. Y por turno, al escuchar a cada uno de los opinantes, os parece que tienen razón ó por lo menos una parte de razón, esa chispa de razón que, mediante un poco de buena voluntad, se encuentra en todos los pareceres y en todos los raciocinios de los hombres... hasta en los más desatinados y absurdos. Especialmente, los que no estamos casados con nuestro dictamen y somos propensos a escuchar el ajeno con atención y deferencia; los que vemos, en cualquier materia que se ofrezca al discurso, los múltiples aspectos que puede presentar, sus pros y sus contras, padecemos en casos tales un achaque muy penoso: el de la indecisión y confusión.

* *

Cuando las cosas han pasado hace mucho tiempo y la historia nos las cuenta a su modo, aceptamos el relato del historiador y nos avenimos a él, lo cual, sin género de duda, es ventaja muy grande. Sucede con la historia escrita lo que con los retratos pintados: al hacerlos, se discuten acaloradamente; quién los encuentra poco parecidos, quién feos, quién excesivamente aduladores y mucho más hermosos que el original; pero corren los años; olvídate la faz de carne, é insensiblemente la reemplaza, en la memoria y en la imaginación, la faz hecha de pinceladas, la efigie guardada en el lienzo. Así se forma una certidumbre que es como todas las certidumbres: más ó menos positiva en su origen; pero que proporciona, una vez robustecida y afirmada, reposo al pensamiento y calma al corazón...

De suerte que no vacilo en afirmarlo: una de las cosas peores que hoy nos suceden, es no saber a qué atenernos, ni a quién echar la culpa de tanta catástrofe, del fracaso inmenso de nuestra política, nuestro régimen y nuestras esperanzas, desde la Restauración acá.

Así como Jorge Sand deseaba ver a los hombres ilustres de su época biografiados por Plutarco — es decir, al través del prisma de lo pasado, — yo confieso que anhelaría leer en Toreno ó en Mariana la historia de los tiempos en que me ha tocado vivir.

* *

Advierto un curioso fenómeno, que se acentúa según crece la gravedad de las circunstancias y se concretan los temores y los augurios funestos. Es lo que podemos llamar la impopularidad de Cristóbal Colón y la falta de fe en la presciencia de la Reina Católica. Nótese que Colón é Isabel I todavía eran, hará unos diez años, sagrados como un dogma; venerados é intangibles. Juzgarles analíticamente; pesar sus actos en la balanza en que aquilata la historia el mérito y premio de los grandes personajes, se consideraba desacato, profanación é imperdonable irreverencia. El año del Centenario sufrimos recio vapuleo los que en una u otra forma nos atrevimos a echar los lentes á Colón y encontramos en él, no al vidente sublime, al profeta, sino tan sólo al experto marino y explorador afortunado que, creyendo des-

cubrir el paso hacia las Indias Occidentales, puso el pie, sin saberlo, en un nuevo continente. Mi inolvidable amigo Luis Vidart me traía á cada paso números de periódicos que nos ponían de hoja de perejil, prodigándonos calificativos tan extraños como el de *folicularios de ambos sexos y reptiles marítimos*, por haber dicho que Colón no salió del puerto de Palos seguro de lo que iba á hacer, y que al pisar tierra americana creyó estar hollando el mismísimo suelo del Catay, que así llamaban entonces á la China. Mayor y más furiosa sería la detracción que cayese sobre nosotros, si hubiésemos indicado entonces, aun tímidamente, lo que en conversaciones particulares solíamos zarandear: la habilidad, previsión y tacto político respectivos de Isabel la Católica y su marido Fernando de Aragón. Los que sentíamos, en este particular, mejor de D. Fernando, teníamos á nuestro favor un voto de tan alta calidad como el de D. Antonio Cánovas del Castillo, el cual, sin desconocer el carácter simpático y noble de la buena reina, no estaba á bien con el impulso que hacia América nos comunicó, impulso del cual es símbolo ó emblema (cruelísimo ahora, por cierto) la conocida y desmentida leyenda de las joyas.

Dirección fatal aquella que, á cambio de algunas páginas de gloria como no puede ostentarlas quizás nación alguna del mundo, nos empobreció y nos desangró y nos llevó á continuar la cruzada ideal; mientras las demás naciones eran ya cultivadoras ó industrias y creaban y fomentaban en sí el espíritu de la edad moderna. Entre Colón, que nos empujaba á países desconocidos, á regiones fantásticas más allá de los mares, y Jiménez de Cisneros, que señalaba con el dedo á las tierras africanas, optamos por el primero, cuando el segundo representaba más genuinamente nuestra tradición, nuestra historia, la natural expansión que podíamos apeteecer y buscar. Sería injusto que le achacásemos á Isabel la Católica toda la responsabilidad de la empresa americana; pero así como ha solido atribuírsele el mérito y condensar en su poética figura la luz, ahora, que tocamos el desencanto, hay propensión á hacerla responsable de él.

* *

Una distinción es preciso hacer, porque conviene mirarlo todo. Como raza, tal vez debemos alegrarnos de cubrir tan vasta superficie y poblar tan diversas, fértiles y hermosas tierras. Como nación, sólo daños, adversidades y desdichas nos han venido de nuestra aventura transatlántica. Me refirieron una vez que cierto escritor norteamericano, al ver en el testamento de Isabel la Católica la firma de la reina, se inclinó y la besó devotamente. Bien hizo el yankee, porque si no es por tan alta señora no serían ellos nación. Y conste que no pretendo afirmar lo contrario, á saber: que nosotros dejáremos de ser nación, por lo mismo que elevó á nación á un puñado de aventureros y de fanáticos.

Nadie puede leer en el porvenir. Razón de más para declarar doblemente admirable cualquier rasgo de previsión, así sea tamaño como el dedo meñique. El tino y prudencia de los que nos retraían de la prodigiosa aventura americana, para empujarnos hacia nuestra colonia natural y orgánica, el Mogreb, que en realidad no es sino continuación de España hacia el Sud, merece ser reconocido, aplaudido y celebrado. España ha sido víctima del romanticismo que lleva en las venas; lo es todavía á estas horas, aunque en sus desventuras actuales no tenga menos parte que el romanticismo, la ciega imprevisión y la concupiscencia verdaderamente criminal de unos gobernantes que, desde hace muchísimo tiempo, sólo vienen preocupándose de ganar las elecciones, de colocar á sus paniaguados, de la política interior, en suma — pero en la acepción más mezquina y secundaria de la palabra, — sin recordar que España aún poseía ricas colonias, más que cuando se trataba de remitir á esa Jauja las balas perdidas que estorbaban por acá...

Días de amarga tristeza aquellos en que se tocan las consecuencias de tan persistentes descuidos, errores é indiferentismos. Nunca como hoy se ha demostrado que la política es cosa que á todos nos importa, y que al intervenir en ella, en la medida de nuestras fuerzas, cumplíramos un deber. Esperemos cuando menos que las presentes adversidades puedan servir de lección para lo futuro á un pueblo que, poseyendo tantas virtudes y cualidades dignas de simpatía y hasta de admiración, ha carecido de guía y dirección práctica que lo lleve á honrosos y felices destinos. Y no digo más, no porque no se me atropellen en la pluma mil cosas, sino porque su misma cantidad y calidad me impide dejarlas salir.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ELEGÍA

En estas ocasiones de grandes é irremediables desventuras, había antaño un refugio seguro y apacible: el convento, el monasterio. Los desengañados y los tristes; los arrepentidos y los inciertos; los náufraos del amor, de la ambición y de la gloria; todos los que habían aspirado á un ideal y lo habían visto desvanecerse, allí se cobijaban, encontrando el sumo bien en la calma y monotonía de una existencia que se asemejaba á la continua actividad sorda y regularizada de un reloj colocado en un rincón y que, cubriéndose de polvo y sin que nadie cuente los minutos que va señalando, funciona siempre con la misma paciente continuidad, entre el olvido y el silencio.

Al caer sobre España, espesas como granizo, tantas tribulaciones, no inferiores á las que reseñó con pluma de oro Rivadeneyra, se echa de menos el oasis de los monasterios retirados y ocultos en los bosques, lejos de toda comunicación; se envidia á los Camaldulenses, á los solitarios del Monte Casino, á los reclusos del convento de Bolarque, á los Carmelitas que allá en las Hurdas, en el fondo del valle de las Batuecas, en sus celdas forradas de corcho, donde ni el ruido de los pasos despertaba un eco, se arrodillaban para rezar, ignorando lo que sucedía en el mundo y sin que el estrépito de los cañones consiguiese retumbar en su pacífica morada...

* *

Si: lo más envidiable de la vida monástica era — ¿quién lo duda? — el carecer de noticias. No porque los monjes y frailes profesasen aquel desdén filosófico que dictó una copla muy expresiva:

De saber nuevas
non vos curesdes,
que hacerse han viejas
y las sabredes...

sino porque la mortificación de la curiosidad era una de las reglas de moral monástica. A los monasterios y conventos llegaban muy tarde — si es que llegaban — ciertas noticias que hoy padecemos y que tienen el don de gastar y consumir estérilmente nuestra energía nerviosa. Hacemos un continuo derroche de fuerza moral, y necesariamente tiene que sernos funestísimo. ¿Lo creará nadie que esto lea? En ocasiones como la presente, yo desearía que no hubiese periódicos, agencias telegráficas, correos, cables, vapores... Mañana, tarde y noche sufren nuestros nervios una tensión que no se puede resistir. Despertamos, y el primer trago de veneno nos lo administran los diarios de la mañana, en los cuales vemos y recontamos los peligros que nos amagan, las humillaciones que se nos infligen, el dinero que se nos funde y derrite como la sal en el agua, la baja pavorosa de los fondos, los tropezones de los políticos, la gigantesca mala sombra que se proyecta sobre nuestro horizonte entenebreciéndole. Rehacemos ánimo merced á un esfuerzo de la voluntad; tomamos el chocolate procurando que no se nos indigeste; nos levantamos, nos vestimos, salimos á la calle, deseosos de esparcir la melancolía, de espantar el mal humor y de despejar la cabeza... El primer amigo que encontramos casualmente y nos para á fin de saber «qué ocurre» y cuáles son nuestras impresiones, nos gratifica con las suyas, que peores no caben y son cien veces más descorazonadas y pesimistas que las nuestras. El segundo amigo remacha el clavo del primero; y el tercero completa la obra de los dos anteriores, con una especie de visión apocalíptica de todas